

ESCRITORES LATINOS EN LOS ESTADOS UNIDOS
(A PROPÓSITO DE LA ANTOLOGÍA DE FUGUET Y
PAZ-SOLDÁN, *SE HABLA ESPAÑOL*, ALFAGUARA, 2000)

Javier Campos
Fairfield University, EE.UU.

El 20 de octubre de 2000 partí a Manhattan al lanzamiento del libro *Se habla español*, donde se antologó a 36 voces latinas o narradores hispanos en EE.UU. Edmundo Paz-Soldán (boliviano residente en New Jersey) y el escritor chileno Alberto Fuguet (residente en Santiago) eran los compiladores de la antología.

En los pasillos del Instituto Cervantes –el octavo piso de un bello y monumental edificio que está frente a Grand Central Station– había un gran tráfico de personas y algunos periodistas que cubrían diarios, radios y alguna TV hispana (probablemente CNN en español andaba por ahí). Estaba claro que la globalizaba editorial Alfaguara se había encargado de que el libro estuviera bien cubierto por la prensa hispana en Estados Unidos, como si fuera un nuevo “boom latino” de narradores (aun cuando nunca vi un comentario ni de cinco segundos en los medios dominantes anglos ni menos en el *New York Time*). Recientemente en un diario de América Latina alguien escribía que cualquier “boom latino” en Estados Unidos era falso y engañoso. Y lo es porque tiene que ver únicamente con la popularidad de dos o tres actores/actrices latinos, generalmente blancos o bronceados, donde ninguno es indígena ni menos negro, y que por ejemplo ahora (marzo de 2001) están en películas norteamericanas como son los casos del actor puertorriqueño Benicio del Toro, por *Traffic*, de Javier Bardem, en *Before Night Falls*, o la española Penélope Cruz. Pero todo aquel supuesto “boom latino” no es nada más que una repetida estrategia mediática norteamericana que se remonta a las primeras décadas del siglo 20.

Como se sabe, lo “latino” está asociado (y es parte del origen de la palabra en EE.UU.) a la música, principalmente de la región del Caribe, que penetró desde los años 20 en Manhattan por la migración cubana y puertorriqueña. De allí surgió de alguna manera el estereotipo del “latino” que fue inventado, reprocesado y hasta caricaturizado en muchos filmes norteamericanos a partir de esos mismos años. La documentación sobre esto es amplísima, especialmente de películas norteamericanas con temas del otro lado de Río Grande, junto a la inmensa cantidad de actores hispanos que vino a filmar a Hollywood.

Pero los estereotipos del “latino” o “hispano” no solo han sido inventados por las películas norteamericanas sino también han provenido de otras dos fuentes. Una ha sido por la visión que trajeron los mismos norteamericanos de México, por ejemplo, cuando muchos (principalmente artistas plásticos, fotógrafos, escritores) se fueron en busca de la vida simple en las regiones rurales mexicanas. Una interesante exposición que hubo hace pocos años en el museo de la Universidad de Yale –*México en la imaginación norteamericana, 1914-1947*– mostró el imaginario de esos artistas plásticos y fotógrafos norteamericanos al regresar de México. Sus obras mostraban al campesino mexicano con su sombrero de alas anchas y poncho junto a un burro o una planta de maguey, o mujeres campesinas con vestidos de colores con una cántaro de greda sobre su cabeza. Imágenes que luego comenzaron a difundirse en carteles turísticos y que repitieron los medios masivos norteamericanos.

La otra fuente de estereotipos curiosamente (y esto siempre se omite) ha venido desde el mismo cine mexicano que luego, y a la inversa, han reprocesado una y otra vez el cine y la televisión norteamericanas. En un estudio hecho hace algunos años en la Universidad de la Frontera, Tijuana, se mostró cómo han estado emigrando también –a la manera de una “influencia” tercermundista en Estados Unidos– las imágenes que el propio cine hecho en México desde su época de oro en los 50 ha construido, reproducido o repetido obsesivamente. Esas imágenes han continuado llegando a los Estados Unidos a través de una gran (y jugosa) industria filmica para el consumo de la población mexicana ilegal y no ilegal que trabaja en el lado norteamericano o en los campos o en servicios o en las maquiladoras. ¿Qué puede hacer un indocumentado hispano de México, Ecuador, Perú, El Salvador, Chile, Nicaragua, Guatemala, etc., después de las siete de la tarde o los fines de semana en lugares como San Diego, Bronwsville, El Paso, San Antonio? Pues ver películas que fueron hechas pensando en ese “mercado”. Por ellas pasan y vuelven a pasar las imágenes del “sucio y borracho mexicano”, “el macho a caballo” o en una “troca”, “la mujer o exótica o sumisa”, o “el tráfico de drogas a través de la frontera”, etc. Así que culpar solamente a Estados Unidos, Hollywood, eso de “inventarse” e “imaginarse” una América Latina a través de caricaturas o estereotipos es ver el conjunto de una manera incompleta.

Por otro lado, también existe una amplia literatura, narrativa principalmente, que se ha “imaginado” Estados Unidos desde la visión de escritores hispanos en ese país. O a la inversa: escritores norteamericanos en países de América Latina o España. En el primer caso, hay un estudio bastante documentado –*Académicos y ‘gringos malos’: la universidad norteamericana y la barbarie cultural en la novela latinoamericana reciente*– escrito por Fernando Reat y Gilberto Gómez (ambos profesores universitarios en EE.UU.). El punto central de este artículo, donde se estudiaron 5 novelas publicadas entre 1976 y 1995 que tratan de los estereotipos que escritores hispanos de paso o viviendo en EE.UU. han repetido sobre ese país (se incluye la novela del chileno José Donoso *A donde va a morir los elefantes* [1995]), es el siguiente: “en todas estas novelas hay personajes intelectuales, gente de espíritu, que huyen del craso materialismo y solipsismo de la vida norteamericana: la misma queja de Próspero en 1990. EE.UU., y muy particularmente el Medio Este, aparecen como territorio que permite corporizar la percepción del Otro como ente diferente, amenazante a veces,

pero casi siempre objeto de burla y sorna. Bajo el temor a la supuesta falta de espiritualidad norteamericana y a la consiguiente explotación de los recursos creativos de la intelectualidad extranjera, las novelas éstas reproducen la tradicional imagen de un EE.UU. voraz y desconfiable. Se repiten viejas aprehensiones y estereotipos ante el “Otro anglosajón”.

Y aquí volvemos a la antología *Se habla español*. Hay tres puntos destacables sobre los cuales se organizó esta antología. El día del lanzamiento en Manhattan, Paz-Soldán dijo: “Nosotros le pedimos a algunos escritores que escribieran algo ‘imaginándose’ los Estados Unidos aun cuando no lo conocieran profundamente o no hubieran vivido un largo tiempo en él”. O sea que la antología fue concebida como la visión imaginada de EE.UU. por algunos escritores/as que no necesariamente han pasado un largo tiempo en el país o que no han estado nunca. El problema con eso es que se deja una puerta bastante abierta para (volver a) escribir con estereotipos o con una perspectiva por lo general superficial de este mundo para detenerse en lo más globalizado del mundo norteamericano. Es decir, en su cultura de masas donde entran inevitablemente el cine, la televisión o la exportación del “consumo norteamericano”. Y esto lo recalca como carta de presentación la contraportada del *Se habla español*: “Esta antología tiene el aroma del *french fries*, el sabor a coca-cola y hamburguesa pero también nachos y salsa... esta colección de cuentos muestra la experiencia latinoamericana en Estados Unidos de un país que es ya latinoamericano”.

El otro punto es que de los 36 escritores seleccionados (hay cuatro chilenos), solo 20 de ellos viven o han pasado un tiempo suficiente en ese país (basta revisar sus antecedentes que al final incluye la antología) para asimilarlo no solamente a través de lo que la contraportada decía, sino a través de una real interioridad que sobrepase la mera descripción superficial y artificial del complejo y heterogéneo mundo norteamericano. Cuando leemos al ÚNICO chicano incorporado a la selección, Santiago Vaquera Vásquez, o a Ernesto Quiñónez, ecuatoriano, pero criado en el Spanish Harlem de Nueva York, o al nicaragüense Ricardo Armijo, o la puertorriqueña de Nueva York, Giannina Braschi, o la otra puertorriqueña que va y viene de Puerto Rico, como Mayra Santos, o al mexicano criado en EE.UU. desde niño como el caso de Ilan Stavans, e incluso a Paz-Soldán, boliviano, quien ha pasado bastante años en este país o al dominicano de NY, Junot Díaz, entre otros, uno percibe la diferencia narrativa. Ellos sí asimilan una interioridad de espacios y personajes y no una mera descripción distanciada y artificial de los Estados Unidos. Otra cosa que llama la atención: hay 12 escritores mexicanos que no son mexicanos-norteamericanos como el chicano Santiago Vaquera Vásquez. De ellos, solo 5 permanecen o han pasado un tiempo en EE.UU. Respecto a los 7 restantes: “los incluimos porque la literatura mexicana pasa ahora por un buen momento”, fue la justificación de Paz-Soldán en el lanzamiento. Aun así, esos que no ha vivido nunca o pasado poco tiempo en EE.UU., no dejan de ser buenos/as narradores pues arman muy bien (y en forma entretenida) una historia con datos prestados o información dada por los medios masivos o el imaginario cultural norteamericano que permea constantemente los medios masivos en América Latina.

Respecto al tercer punto, en la introducción se asegura lo siguiente: “No se puede hablar de Latinoamérica sin incluir a los Estados Unidos. Y no se puede concebir a los

Estados Unidos sin necesariamente pensar en América Latina”. De lo que se concluye que “Estados Unidos es un nuevo país latinoamericano (por esa presencia de 30 millones de hispanos) y me parece bien porque significa que nuestra cultura y nuestro mundo (latinoamericano, hispano) está creciendo y está ganando en la carrera cultural” (el escritor chileno Alberto Fuguet en *Primeralinea* cuando en diciembre de 2000 se lanzó el libro en la Feria del Libro en Santiago de Chile). Estados Unidos no es –aun con su gran presencia hispana- ni será nunca un país parecido a América Latina por razones históricas que muy bien ha señalado el excelente artículo del historiador inglés John Elliot (*¿Tienen las Américas una historia común?*, publicado en www.letraslibres.com, junio 1999). En segundo lugar, la presencia hispana en Estados Unidos es tan diversa que esa misma diversidad se sobrepone en forma aplastante a la transmitida por el cine, la música o la televisión norteamericana pero que NUNCA es mostrada en esos medios. De allí que el norteamericano medio, incluso nuestros estudiantes norteamericanos, tengan el imaginario del latino/a pegado solo a la música caribeña (salsa, merengue) o la comida mexicana que muestran en forma obsesiva el cine y la televisión norteamericana dominante. Realmente, para conocer y apreciar la complejidad hispana en este país hay que irse hacia la periferia para desprenderse del lado exótico o *cool* que imagina la tv y el cine y ver *el otro lado del corazón* de los hispanos en este país. Y para reiterar lo que decíamos al comienzo de este artículo, el aparente “boom latino” en EE.UU. es y seguirá siendo solamente comercial y selectivo. La verdadera literatura hispana en Estados Unidos (narrativa, poesía, teatro, ensayo, testimonios) la han estado escribiendo desde hace décadas chicanos, cubanos-americanos, puertorriqueños, distintos escritores de España, Portugal, Brasil, y América Latina que han pasado muchos años absorbiendo lentamente ese mundo hispano y que poco tiene que ver –curiosamente– con la coca cola, las hamburguesas ni las papas fritas o los tacos de *Taco Bell*, como sugiere la contratapa de *Se habla español*.

La antología de Paz-Soldán y Fuguet tiene una buena calidad literaria entre sus integrantes, eso no es el problema, sino la dificultad que ella conlleva al referirse a la escritura de hispanos en Estados Unidos. Especialmente, cuando en la antología alguno/as de ellos/as solo se la “imaginaron” desde fuera. Y a otros les bastaron unas poquitas semanas de estar por aquí (de paso) para imaginarse este complejo, multidiverso y maravilloso país.